El mundo se muere...
¿qué estarías dispuesto a hacer
para sobrevivir?

EL YERMO

SERGI LLAUGER

minotauro

SERGI LLAUGER

El Yermo

minotauro

001-432 El yermo.indd 3 04/09/2013 10:56:17

1

Adam ignoraba que ese amanecer era el de su vigésimo primer cumpleaños. El joven abrió los ojos, asustado, y agarró con firmeza las sábanas sucias de la cama; había tenido otra pesadilla. Respiraba de forma agitada y le costó quedarse inmóvil unos instantes para prestar atención. Ya no se oía la lluvia repicar sobre el techo de la casa, ni ningún aullido roto proveniente de la vastedad del Yermo; ambos sonidos habían llenado la noche desde el ocaso y durante todos los momentos de oscuridad en los que el muchacho despertó sobresaltado. Percibir nada más que el solemne silencio del alba lo calmó. Por último olfateó el aire; acarreaba un fresco aroma a tierra mojada.

Estaba a salvo, comprendió al fin.

Desde el salón, en el piso de abajo, una canción del pasado, de un grupo llamado The Beatles, empezó a sonar con nostalgia y armonía, como hacía siempre que en la vieja gramola de su padre giraba aquel disco anticuado y polvoriento, el único que su hermano Caleb y él poseían entre una limitada colección de objetos rotos.

Cerró los ojos y aguardó tumbado en la cama. Inspiró hondo y exhaló el aire despacio. Cada amanecer, antes de ponerse en pie, lo hacía y se preguntaba si llegaría vivo hasta la noche. En el Yermo conseguir tal hazaña a menudo se convertía en toda una exhibición de supervivencia.

Mentalmente repasó las tareas que tenía pensadas para el nuevo día. La principal; buscar comida, así que procuró desperezarse. Se incorporó sobre su jergón y apoyó los pies en el suelo de madera; el tacto era gastado y áspero. Le resultaba reconfortante. Se frotó el rostro con la mano y después se la pasó por el pelo color ceniza. Le sorprendió que su hermano menor no estuviera en la cama de al lado durmiendo a pierna suelta. Caleb era de despertar perezoso y, por norma general, tenía que zarandearlo un par de veces para que espabilara. Que hubiera madrugado tanto era un hecho, cuando menos, inusual.

001-432 El yermo.indd 15 04/09/2013 10:56:18

Se levantó y se vistió con su ropa de abrigo. Pese a que el terreno donde vivían era árido y en la actualidad se asemejaba más bien a un desierto, hacía frío... siempre hacía frío, y no podían gozar de un poco de calor a no ser que consiguieran encontrar –y en muy raras ocasiones sucedía– trozos de madera u otro combustible esparcidos entre las ruinas del Yermo. Y si lo hacían, normalmente preferían preservarlos para cocinar los pocos víveres que tenían y comer en condiciones antes que malgastarlos en encender la chimenea.

Al frío podían acostumbrarse. Al hambre no.

Bajó por las escaleras y vio a Caleb sentado en el sofá; un estropeado diván desmullido y lleno de manchas. En aquel momento la canción llegó a su fin y la aguja del giradiscos se salió del vinilo, pero el chico ni se inmutó; siguió mirando con ceñuda concentración el reflejo del alba que se colaba por la ventana y que, poco a poco, ganaba terreno a las sombras del salón.

–Se acerca el período de luz –dijo al oírlo bajar. Un resplandor pobre acariciaba su piel pálida.

Caleb poseía una considerable estatura, pero su rostro anunciaba muy a las claras que no debía de tener más de doce años. De todas formas no podían estar seguros de ello, hacía décadas que los relojes se habían detenido y ya no existían los calendarios ni las estaciones. Tras la que fue bautizada por algunos supervivientes como la Guerra del Olvido, muchas cosas habían cambiado de forma drástica, entre ellas, que el tiempo pronto dejó de ser un factor exacto y fácilmente mensurable.

Adam pasó por su lado sin pronunciar palabra y se acercó al hueco forjado del cristal para observar el paisaje. En el exterior la lluvia había cesado por completo, pero el contorno de las dunas, difusas bajo la bruma matutina, apenas se hacía visible. Sólo las lejanas y silenciosas ruinas de Londres, con la cima raída del Big Ben que coronaba el horizonte, reflejaban una luz verdosa y mortecina sobre algunos de los esqueletos de las estructuras caídas. El semblante se le ensombreció al estudiar las extrañas huellas de garras aparecidas sobre la arena que rodeaban toda la casa. Algunos amaneceres las traían consigo, como un recordatorio funesto y explícito de que aquella noche algo los había acechado en la oscuridad.

–Aún no ha salido el sol –repuso el muchacho, que trató de ocultar su inquietud–, y a juzgar por la lluvia de esta noche dudo que lo haga.

–¿Eso significa que hoy tampoco vamos a salir fuera? –inquirió Caleb.

Su hermano mayor se quedó callado, cavilando la respuesta.

–Quizá más tarde, o mañana, si se despeja el cielo.

001-432 El yermo.indd 16 04/09/2013 10:56:18

–Pero ¿por qué? –protestó el chico.

Adam se volvió hacia él.

–Ya sabes por qué...

–Pues no es justo. Llevamos dos días igual. –Apartó la mirada, decepcionado.

Caleb odiaba los días como aquél, jornadas enteras en las que debían encerrarse en la casa por miedo a que en el exterior oscureciese demasiado rápidamente o a que la dañina lluvia los sorprendiera mientras buscaban suministros. Quedarse en el refugio sin nada mejor que hacer que observar el cielo era un fastidio.

Adam le dedicó una leve sonrisa, como queriendo restarle importancia a su enfado. Siempre había pensado que de haberle tocado vivir en otros tiempos, tiempos más civilizados en los que aún quedaban escuelas, Caleb habría llegado a ser un brillante científico o, tal vez, un audaz ingeniero. Pero eso eran utopías, anhelos fraternales que con cierta pesadumbre guardaba para sí mismo y que sabía que jamás se iban a cumplir.

Se dirigió hasta el armario de la cocina y sacó de dentro una lata de legumbres en conserva. Tres días antes había encontrado unas cuantas medio enterradas en la arena, cerca del cadáver desnudo de un viajero que yacía en mitad del desierto. Fuera quien fuese el que lo atacó no debió de reparar en ellas. Por curiosidad miró la fecha de caducidad; se intuía de forma borrosa enero de 2028, aunque sabía que esa información no le iba a servir de nada; hasta que no la abriese no podría estar seguro de si la comida del interior se conservaba en buenas condiciones. Desde luego, aquél era un nutriente de riesgo. Quedaba ya muy poco alimento del pasado que fuera comestible. Y sólo los recipientes que no estaban abollados ni agujereados y que su contenido poseía una gran cantidad de azúcar o sal todavía resistían bien el paso del tiempo.

–¿Tienes hambre? Nos quedan algunas raciones de judías –elevó la voz por encima de la puerta del armario.

–No me gustan las judías –se oyó refunfuñar.

–Pues me temo que no hay otra opción –murmuró para sí mismo, y abrió la lata con un sonoro chasquido.

Durante el resto de la mañana el cielo permaneció abastecido de nubes negras que inundaron la tierra de sombras ominosas, de modo que tuvieron que desayunar a la luz de unas velas. Comieron en silencio y, en un momento dado, Adam observó cómo Caleb se entretenía dibujando con el dedo círculos imaginarios sobre la mesa.

001-432 El yermo.indd 17 04/09/2013 10:56:18

–¿Qué haces? –le preguntó, al tiempo que se llevaba una nueva cucharada a la boca.

–Intento dibujar una circunferencia perfecta.

–Eso es imposible –descartó mientras masticaba–. No se puede dibujar una circunferencia perfecta con la mano.

–No. No lo es. Antes de que perdiera mis lápices de colores conseguí dibujar una en un trozo de papel.

Su hermano sintió una punzada de culpa. No se lo había confesado; no hacía mucho de eso y aún le dolía en el alma recordar el día que tuvo que hacer un trueque con aquellos lápices de colores tan bien cuidados. Los cambió en los bazares de la Guarida por un pedazo de lomo, se suponía, de cerdo. El mercader decía que era lo único que le interesaba de lo que traía y a Adam ya no le quedaban demasiados objetos con los que negociar. Era eso o seguir padeciendo hambre.

–Ya te dije que te conseguiría unos nuevos. Tú sólo... dame tiempo, ¿vale?

Caleb no respondió. Cogió su cuchara salpicada por el óxido, removió las judías y comentó:

–Echo de menos a papá. Si él aún estuviera vivo no tendríamos que comer judías.

–Todo sería distinto si él siguiera vivo –ratificó Adam, que se lo quedó mirando–. Oye, alegra esa cara, ¿quieres? Yo no tengo la culpa de que el período de luz esté tardando más de lo debido.

El chico dudó antes de hablar.

–Podríamos... podríamos arriesgarnos a salir... –propuso.

Adam se sorprendió de oírle decir tal insensatez.

–No... Por supuesto que no –contestó rotundo.

–Si seguimos encerrados un día más nos vamos a volver locos...

–Y si salimos ahora puede que muramos –replicó–. Es demasiado peligroso. Ya te lo he dicho antes; saldremos tan pronto como se despeje el cielo.

Caleb bajó la vista, sin más remedio que aceptar su decisión. Adam esperó hasta que su hermano volvió a mirarlo.

–Dime que lo entiendes. Dime que entiendes que no me niego por capricho.

El chico asintió.

–Lo entiendo, hermano...

–Está bien... –murmuró Adam, conforme. Su voz parecía cansada–. Está bien... Y ahora come un poco. Estas judías no están tan malas como las de ayer. Te gustarán.

001-432 El yermo.indd 18 04/09/2013 10:56:18

Para su sorpresa, el día no empeoró. A mediodía el cielo se había despejado un poco y de vez en cuando se alternaban claroscuros que permitían breves pero radiantes intervalos de sol. Adam pensó que eso era suficiente como para sentirse seguros en el exterior durante un rato. Así que lo dispuso todo; cogió su mochila de cuero trenzado y se colgó del hombro el fusil SA80 de su padre. Era un modelo de asalto utilizado en el pasado por el ejército británico. Llevaba acoplada una mira de visión nocturna, aunque la lente había acabado muy rallada y no estaba bien calibrada; la batería de litio del artilugio estaba casi agotada, así que jamás hacía uso de ella. Apenas le quedaba munición, pero el arma seguía funcionando bien. Con ella había conseguido matar un cuadrúpedo salvaje hacía menos de cuatro ciclos lunares. Aquello fue como una bendición; no les faltó comida durante una buena temporada.

Mandó a su hermano a llenar la cantimplora con las reservas de agua de la cisterna. Al volver, lo esperaba con una píldora de yodo que depositó en su boca.

–Toma. Mastícala bien.

Caleb lo hizo sin rechistar. Él también se tomó una. Siempre las injerían antes de salir al exterior. El yodo era uno de los pocos elementos que no escaseaban. Sus propiedades lo consolidaban como el único remedio eficaz contra la radiación residual de la atmósfera. Era fácil de adquirir en los trueques de cualquier asentamiento.

Una vez estuvieron listos, corrieron los cerrojos de la puerta y una súbita brisa polvorienta les revolvió el pelo. La luz diurna los obligó a apartar la vista del cielo un breve instante.

–Ayúdame a deslizar la escalera –solicitó Adam, dirigiéndose al borde de la plataforma elevada que hacía las veces de porche.

La solitaria casa de madera y hojalata estaba construida a cuatro metros de altura, sobre unas columnas de hormigón que todavía permanecían en pie. Sobre ellas descansaba un techo medio demolido que servía de base para el refugio; vestigios de un remoto parking de dos plantas. El padre de ambos, de origen nórdico, era ingeniero de estructuras de alta seguridad. Había llegado a Inglaterra unos años antes de la Guerra contratado por una empresa de construcciones subterráneas. Tras la hecatombe, había puesto mucho empeño en situar la casa a una altura suficiente por encima del nivel del suelo.

«Mil ojos tenía el diablo... tantos como escondites salvaron al sabio. Todas las precauciones son pocas...», repetía una y otra vez mientras él

001-432 El yermo.indd 19 04/09/2013 10:56:18

mismo y Adam transportaban kilos y kilos de madera y chatarra que encontraban para luego apilarlos y soldarlos debidamente. No sólo ellos optaron por la precaución. Sus únicos vecinos, los Belicci, un matrimonio de refugiados italianos, vivían un par de kilómetros carretera abajo, en una chabola sostenida en las alturas, justo entre las paredes de dos edificios contiguos que parecía que fueran a derrumbarse en cualquier momento; algo que, por fortuna, nunca sucedía.

Ahora ya estaban muy mayores y rara vez se dejaban ver, pero Adam les tenía mucho aprecio. Se preocuparon por él y por su hermano cuando su padre desapareció en la vastedad del desierto y fue dado por muerto. Durante los primeros ciclos se aseguraron de que no les faltara comida. En la azotea de uno de los edificios tenían un pequeño cerco con gallinas ponedoras y conejos enanos que alimentaban con una extraña pasta blanquecina, así que casi siempre disponían de huevos y algo de carne.

Eran gente adorable.

Caleb se colocó junto a su hermano y ambos tiraron del engranaje que sujetaba la escalera. Ésta se deslizó hasta el suelo con un sonido de fricción. El impacto del hierro contra el terreno arenoso levantó una voluminosa nube de polvo.

Adam bajó primero y superó el último tramo de un salto. Al pisar tierra barrió la periferia con la vista.

Todo seguía igual que siempre; igual de muerto y desolado.

El mundo se había vuelto muy diferente a como él lo recordaba de su niñez, antes de la hecatombe. Ahora el paisaje era un inmenso páramo cubierto por los restos de una civilización abolida. La poca vegetación que crecía entre las grietas de la tierra era mustia y ajada, totalmente desnutrida, y se mirara donde se mirase, toneladas de ruinas y arena lo cubrían todo.

A lo lejos, donde antes se había levantado Londres, la mayoría de las casas bajas hacía años que se habían derrumbado. Tan sólo algunos edificios, los más resistentes, servían como punto de apoyo para aquellas construcciones que se desmoronaban lentamente inclinadas sobre sus perseverantes esqueletos de hormigón. Todo en conjunto formaba un frente entrecruzado e irreal repleto de formas irregulares y puntiagudas cubierto de vapores negros. Adam siempre se decía al contemplar aquel horizonte que parecía como si una enorme ave hubiese caído del cielo tras ser herida de muerte, arrasando la tierra entera.

Tal como siempre les había ordenado su padre, debían tener mucho cuidado de no adentrarse jamás en la vieja capital. Ahora era un lugar

001-432 El yermo.indd 20 04/09/2013 10:56:18

condenado y lleno de peligros que era imperativo evitar. Ni una sola vez puso en tela de juicio sus órdenes. Y siguiéndolas, tras su muerte, es como habían conseguido sobrevivir todo el tiempo.

Echaron a andar en dirección a las marcas de la antigua A217, la carretera prácticamente sepultada bajo la arena que conectaba el sector de la Veguería con las inexploradas regiones del norte. Caleb llevaba consigo una pelota de plástico rellena con trapos. Tenía una norma: nunca bajaba a tierra sin ella. En alguna ocasión había oído hablar de un deporte practicado en la Época Antigua llamado *football* que había despertado en él un gran interés. No es que se le diera muy bien lo de maniobrar el objeto con los pies, pero él lo intentaba. Adam le permitía jugar siempre y cuando no se alejara demasiado y no le causara distracciones; su concentración debía radicar en observar con ojo avizor los alrededores y escuchar con atención los sonidos que transportaba el viento.

–¿Qué buscamos hoy? –se interesó Caleb tras un largo rato caminando. En aquel momento hizo un intento de malabarismo que terminó con un torpe traspié y con el esférico rodando por el suelo.

–Lo que sea... –recibió como respuesta.

Un repentino cambio en la dirección del viento movió un poste de metal roñoso que permanecía clavado a duras penas sobre el asfalto, a un lado de la carretera. La brisa hizo que Adam olfateara un olor sugerente, uno que se distinguía con facilidad: el olor a orina animal.

Alzó una mano para indicar a su hermano que se quedara quieto. Con la otra levantó el fusil.

–¿No oyes eso?

–¿El qué?

–¡Shhh! –espetó, concentrado en averiguar de dónde provenía ahora un nuevo sonido rasposo.

Caleb contuvo la respiración.

Sin previo aviso, una liebre negra emergió de entre un matojo cercano; al verlos, saltó y empezó a correr veloz campo a través, en dirección a unas casas abandonadas.

–¡La madre que...! –masculló Adam.

Sin pensarlo, apuntó y efectuó un primer disparo. La bala materializó un pequeño surco en la tierra, a escasos centímetros del último brinco del animal. Un potente eco se generó en el entorno. El muchacho reaccionó con rapidez, y echó a correr tras ella tan veloz como sus pier-

001-432 El yermo.indd 21 04/09/2013 10:56:18

nas le permitieron. Era un buen corredor, mejor que cualquier hombre que él hubiera conocido. Sin darse cuenta, su boca empezó a salivar cuando Caleb, al que no le había dado tiempo a distinguir nada, le preguntó ya desde lejos:

–¿Qué era?

–¡La comida! –vociferó, persiguiendo a la presa como si en realidad fuera el último trozo de carne que quedase sobre la faz de la Tierra–. ¡No te muevas de ahí! –le gritó a continuación.

Tras varias zancadas, se descolgó con destreza el correaje del fusil e hincó la rodilla sobre la arena. Apuntó con la mirilla, siguió la mancha gris, y disparó. Pero volvió a fallar por poco. El animalillo aceleró en otra dirección y desapareció detrás de unos espesos matojos.

–¡Mierda! –maldijo, dispuesto a no darse por vencido.

Lo siguió a través de la maleza y los descampados cercanos. Una rama afilada le rasgó la mejilla, pero él ni se inmutó; estaba completamente obcecado en cazar al animal. Su tenacidad lo llevó a perder la noción del tiempo, y para cuando entendió que le había perdido el rastro, se encontraba ya pisando límites poco aconsejables, frente a las primeras calles de un municipio fantasma, como solían llamar los habitantes de la Veguería a aquellos lugares del todo deshabitados. La tendencia era pensar que si en un distrito no vivía ni un alma era por algo. Al final tuvo que resignarse y dejarse caer de rodillas.

Lo invadió la impotencia y dio un puñetazo de frustración contra el suelo.

Había estado tan cerca...

Regresó cabizbajo, con el abatimiento de aquel que sabe que ha fracasado, hasta donde había dejado a su hermano. Pero al atravesar de nuevo la maleza y alzar la vista comprobó con horror que el chico no lo esperaba en el sitio que le había indicado; el sol recortaba su silueta más allá del lado norte de la carretera, en un punto que la vista apenas alcanzaba. Permanecía de pie, estático, observando desde arriba los restos de unas escaleras que descendían hasta la boca de una estación de metro abandonada.

A Adam se le heló la sangre al verlo. Sabía perfectamente qué era aquel lugar.

–¡¡Caleb, no!!

Como si le fuera la vida en ello, arrancó a correr de nuevo, con más ímpetu si cabe.

–¡No, Caleb! ¡Aléjate! ¡Aléjate de ahí!

Con los brazos le hizo señas frenéticas al chico, pero éste ni siquiera

001-432 El yermo.indd 22 04/09/2013 10:56:18

lo miró. Dejó caer la mochila y el arma al suelo para poder ganar velocidad y unos segundos que, bien sabía, podían resultar cruciales. De su boca salieron gritos de advertencia que Caleb no atendió, una y otra vez. Y a medida que iba aproximándose, desgañitado, hasta aquella entrada subterránea, notó cómo el aire se volvía más cargado, más corrupto, y difundía fétidos y nauseabundos olores.

Sin pensar en otra cosa que en poner a su hermano a salvo, Adam llegó jadeante hasta su posición. El chico pareció salir de un encantamiento cuando tiró de él con fuerza hacia atrás.

–¿¡Qué coño haces!? ¿Eh?

Caleb chilló del sobresalto, y al verlo tan enfadado se puso a temblar.

–¿Qué cojones crees que estás haciendo? ¡Joder!

Quiso responderle, pero Adam, histérico, lo zarandeaba con fuerza. El miedo se lo impedía. Sabía que había obrado mal, que aquella clase de lugares eran los expresamente prohibidos.

Adam se agachó y lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

–¿Por qué lo has hecho, eh? –Su voz se suavizó. Lo cierto es que sintió un alivio enorme de que no le hubiera sucedido nada malo... No soportaba la simple idea de perderlo. A él no–. Ya sabes que no podemos acercarnos a sitios como éste. Es su terreno...

Entonces Caleb hundió la cabeza en su hombro y rompió a llorar con toda la angustia que llevaba contenida, como si no lo hubiera hecho en años. El mundo era un lugar cruel, pensó. No soportaba vivir siempre con miedo.

–Lo siento. ¡Lo siento mucho! Estaba jugando y se me cayó la pelota ahí abajo. No me atrevía a bajar a cogerla.

Señaló el umbral del oscuro pasadizo que descendía hasta la antigua red del metro londinense... en las mismísimas profundidades de la tierra. No había rastro del balón, que parecía haber sido engullido por aquella fría oscuridad. Unas hojas muertas que reposaban justo en el último tramo de luz jugaron a revolotearse, mecidas por una súbita brisa cavernaria.

El hedor que los abordó fue repugnante.

–No podemos ir a buscarla. ¿Lo entiendes?

Con ambas manos Adam le sujetó la cabeza y trató de secarle las lágrimas; sus ojos parecían dos torrentes de agua cristalina.

–¿Lo entiendes, verdad? –repitió.

Caleb asintió, afligido.

–Es culpa mía. Siento haberte desobedecido. Soy un mal hermano –balbuceó.

001-432 El yermo.indd 23 04/09/2013 10:56:18

–No. No pasa nada.

Lo abrazó de nuevo y el chico se sintió reconfortado al notar el peso de sus vigorosas manos sobre la espalda.

–No te preocupes. Jamás dejaré que te pase nada –lo tranquilizó–. No estás solo. Estoy aquí... aquí, contigo.

001-432 El yermo.indd 24 04/09/2013 10:56:19